

1

Leer es prevenir

Me están observando. He vuelto a dejar conectado el móvil en el avión. Me había quedado absorto leyendo el artículo principal de la prensa económica del día. Tanto que, si no hubiera sido por las miradas del resto de pasajeros clavadas en mi cogote, ni hubiera escuchado el impertinente zumbido del teléfono.

El IBEX cierra el mes de febrero a la baja, pero frena el ritmo de subidas de 2008. La mayoría de las bolsas europeas finalizó ayer el mes con saldo negativo. (...) En España, el mejor valor es Curar, S.A., que se ha visto beneficiado del anuncio de compra de las empresas Notefies en el mes de enero. Desde entonces su revalorización ha sido del 4%. Sin embargo, la firma se vio ayer penalizada con una caída del 7% llegando a los 12,64 euros. Este espectacular descenso, provocado tras el anuncio de su renuncia a la compra de Notefies en el último momento, confirma a Curar, S.A. como el peor valor del IBEX 35 en lo que va de año.

Consigo apagar el móvil antes de que la azafata llegue a la carrera hasta mi asiento. Me dispara una mirada, mitad reproche, mitad bala, y da media vuelta enseñando sus portentosas caderas. ¡Mierda!, ¡tengo la Blackberry encendida en el abrigo! Si ahora se la pido me mirará de tal forma que

prefiero arriesgarme y dejarla encendida. Espero que no suene. Mientras, intento concentrarme en la noticia:

«La Bolsa hoy se la juega: si pierde otra vez un 10% volverá a mínimos.»

No sé si la crisis va a afectar a mi negocio. Pero no estoy dispuesto a quedarme inane. El dinero es miedoso y emocional. Por eso, los detectives privados podemos o perder la oportunidad o convertirnos en un arma de prevención adelantándonos al mercado con información confidencial.

La ley de Murphy actúa. La Blackberry suena y mi azafata preferida se me acerca con cara de pocos amigos y el uniforme a punto de explotar. Lleva mi abrigo entre dos dedos, a cierta distancia por delante de su cuerpo, como si se tratase de unos pañales sucios y los fuese a tirar a la basura.

—¿No le he dicho que apague el móvil?

Me acaba de llegar un SMS de un periodista de Antena 3 y gran amigo: *«Me voy a Huelva a ver a la familia. Si tienes datos del vecino o alguna información más házmelo saber. Un abrazo. A. C.»*

Intento de nuevo centrarme en la prensa. *El Economista* entrevista a uno de los directivos más importantes de *hedge funds* que señala, de forma inteligente, que en el mundo existen dos opiniones: quejarse o buscar la forma de darle la vuelta y aprovechar las circunstancias.

Dicen los más viejos de España que no recuerdan una época tan convulsa como la actual. ETA acaba de matar de nuevo y una niña de cinco años ha aparecido muerta en la ría de una población andaluza. Mientras, otros niños siguen desaparecidos y las familias de todo el mundo impiden que sus hijos salgan a jugar por los parques de su barrio. La economía parece que ha entrado también en esa situación catastrofista. El paro continúa en ascenso,

las empresas del ladrillo renegocian sus créditos con indicaciones claras del Banco de España de cerrar el grifo. Nos encontramos ante una recesión internacional que se suma a la incertidumbre de las hipotecas y las materias primas. La desconfianza de los mercados es tal que las empresas empiezan a pedir información de todo el mundo; quieren saber la solvencia de cualquier agente económico antes de iniciar o continuar un negocio. Pero en mi casa, cuando entro por la puerta, sólo me preguntan lo mismo cada día:

—Papá, ¿has encontrado a la niña?

Mis hijos, de 6 y 14 años, se han acostumbrado a seguir algunos de nuestros casos por la prensa. A las pocas horas de desaparecer una menor andaluza nos entrevistamos con sus padres. Ellos querían contratarnos y nosotros saber si había vínculos entre la desaparición de esa niña y la de otra pequeña británica desaparecida en Portugal.

Mis fuentes me informaban a diario sobre los detalles que rodeaban la desaparición de la pequeña. Los padres estaban convencidos de que había sido raptada. Nosotros, que había sido asesinada por un vecino desequilibrado. Por desgracia, el tiempo nos ha dado la razón. Cuando llegué a mi casa, mi hijo me preguntó a bocajarro si la niña había muerto. Miré a mi mujer, preguntándole con la vista si le engañaba o le decía la verdad.

—Sí hijo. La niña ha muerto.

A partir de ahí, me salió el clásico discurso paternal sobre que no debes aceptar caramelos de desconocidos... que nunca debes hablar con gente... que tienes que gritar, y correr si te quieren coger...

—Papá tranquilo. Si viene un malo le pego una patada «en el pito» que vuela tres metros, lo cojo, me siento encima y vienes tú y lo llevas a la cárcel.

¡Qué le puedo decir...! Mi hija de catorce años, esa

noche, con los informativos de fondo, aprovecha que se discute sobre los idiomas de la enseñanza en Cataluña y me dice:

—Tú siempre hablas con tus clientes en castellano y en inglés, ¿no papá?

—¿Sí, por?

—No, por nada...

—Hija, no te preocupes. Aprenderás a hablar y a escribir un español perfecto. Igual que inglés e informática. No quiero que seas una analfabeta funcional.

Esa misma noche me dijo que quería irse en verano a Gran Bretaña. Ahora entendía, me había dicho lo que yo quería escuchar con el fin de pedirme ir a Manchester un mes. No le había afectado el discurso popular de las elecciones nacionales.

—Claro que sí. Mañana buscamos un sitio para apuntarte.

Yo había vivido dos años en Irlanda. ¿Cómo se lo iba a impedir a ella? Pero me daba miedo. Catorce años. ¿Era demasiado joven? Yo llevo meses durmiendo mal y con el carácter agrio por el caso de la pequeña desaparecida. Pero creo que además me afecta volviéndome sobreprotector con mis hijos. Suerte que mi mujer, a causa de mis constantes viajes de trabajo, es la que verdaderamente se ocupa de su educación. Al final, a todos los padres nos pasa lo mismo y más cuando estamos cerca de los cuarenta. ¿Libertad o seguridad? ¡Qué curioso!, ese discurso antes se centraba en los colegios. En los años ochenta decían: «Llevo a mis hijos a un colegio donde crecen según sus propias querencias». Mis padres nos llevaron a uno de esos colegios con grandes educadores y un día, cuando llegaron, vieron a mi hermano subido a un árbol, como un mono.

—¿Pero oiga, no ve dónde está el niño? —se quejó a voz en grito Lola, mi madre.

—Si es lo que el niño quiere, le tenemos que dejar. Así crecen en libertad.

Meses más tarde, en otro colegio, mi hermano —nuevamente— recibió grandes responsabilidades. Debido a que, como decían, el niño era un salvaje que se subía a los árboles, necesitaba responsabilidades. «Lo trataremos como en una empresa», dijeron. «Hasta hoy ha sido un empleado más que siempre se escaqueaba. A partir de hoy, será el jefe de seguridad: controlará que el resto de la empresa, es decir, los niños de su clase se limpien las manos antes de entrar al comedor.»

Pero como en los ochenta no había libros de *management* traducidos al español no se dieron cuenta que los otros niños (ejem... «empleados») aún no lo veían como jefe. No le habían permitido realizar una buena comunicación interna, ni relaciones públicas. No había podido elegir a su equipo ni tener un asistente. Así que mi hermano, sin memorándums ni órdenes internas, se plantó en el patio del colegio y cada niño que se rebelaba a la autoridad recibía una paliza si no se lavaba las manos. Acabó en manos de un psicólogo (argentino, claro). Entre la libertad y la seguridad había elegido la violencia. Era normal.

2

No molestar en el avión también es prevenir

—Perdona. Tú eres Julio Santiago.

No es una pregunta, es más bien una afirmación, pienso mientras observo los ojos como platos de mi compañero de asiento que casi no dejan ver una media sonrisa de satisfacción por su hazaña, por su certera memoria.

—¿Es usted? —Insiste. Mi silencio le ha llevado, esta vez sí, a preguntar dudando quizá de sus primeras palabras. La sonrisa ha desaparecido.

—Sí —respondo seco y algo desconcertado.

No creo que haya nada que deteste más que me reconozca alguien a quien yo no he identificado antes. Creo que es una sensación compartida por todos los detectives privados del mundo. Estamos tan acostumbrados a descubrir a los demás mientras pasamos desapercibidos que cuando te reconocen se te encienden todas las alarmas. Es como si algo hubiera fallado, como si te hubieran pillado in fraganti. En ese instante, recuerdo que la intervención de nuestra empresa en uno de los últimos casos ha saltado a las primeras páginas de los periódicos y a los informativos de todo el país, fotos incluidas. Nunca podré acostumbrarme. Es el auténtico precio de la publicidad, reflexiono.

Un profesional liberal, así es como me consideran los

que realmente saben de mi profesión. Aunque la mayoría cree que los investigadores privados sólo servimos para perseguir maridos infieles o demostrar que el empleado de una empresa que se encuentra de baja (en situación de incapacidad transitoria, perdón) está trabajando, en realidad, para otra firma.

El empleo que llevo tantos años desarrollando dista mucho de los populares cuernos. Habitualmente al enterarse de en qué consiste en realidad mi actividad profesional me tratan de forma especial. Aun así, ya he asumido que nunca dejaré de escuchar las mismas frases. «¡Qué divertido! Te lo debes pasar muy bien. Por cierto, ¿es verdad que la mujer de Fulanito de tal anda con...?»

En realidad, un detective como yo es simplemente una mezcla de abogado y periodista. Además, la gente no lo sabe pero para ser detective en España hay que estudiar tres años en la universidad y hacer una diplomatura en investigación privada. Fulanitos aparte y volviendo a lo que realmente es mi profesión, debo confesar que conozco de antemano las OPA (Oferta Pública de Adquisición), los grandes contactos entre multinacionales, los fraudes y los grandes fichajes empresariales. Sin embargo, aun explicándolo así, los hay que no pueden reprimir preguntarme por cuál equipo fichará Ronaldo la próxima temporada.

A mis treinta y tantos llevo los tantos y algunos más escuchando que soy una joven promesa. Así me llamaba mi profesor de Derecho Penal. No es que no me guste, es que lo odio. Llevo quince años trabajando en la misma empresa después de cursar estudios de Detective y de Derecho. No quiero que nadie se vuelva a dirigir a mí como una joven promesa. ¡Soy un investigador privado, coño! Lo que quise ser y ya está.

«Julio Santiago, detective», dice mi tarjeta, pero en realidad soy mitad hombre mitad niño para unos, joven pro-

mesa para otros y detective privado de empresas, para la mayoría.

Hace un tiempo, una periodista me definió como «¡el detective vestido de Armani!» Pero es falso. Mi cuerpo, entre fuerte y... fuerte... no cabe en esos trajes entallados hechos para italianos y españoles del papel *couché*. Me visto, como casi todos los profesionales liberales, en la tienda Furest de Barcelona y, para bodas, comuniones y otras fiestas de postín, en Santa Eulalia —suerte que eso pasa pocas veces al año.

—¿De qué me conoces? —le respondo al tiempo que le miro a los ojos.

—Hace años resolvisteis el problema de una empresa en la que yo era director financiero.

—¿Qué empresa?

—Prevenir S.A. —contesta mientras se revuelve ligeramente su cuerpo embutido en un traje de no menos de 2.000 euros.

Claro, este hombre se llama... ¿Cómo se llama? Nunca consigo recordar nombres si no los he investigado. Pero ¿cómo no me voy a acordar, si Prevenir S.A. es uno de mis mejores clientes desde hace años? Entonces empiezo a recordar. Mi compañero de viaje y su departamento sólo me contrataban cuando tenía un impagado importante. Era al único de la empresa al que le sacaba las castañas del fuego... y no recuerdo su nombre. En cambio, me acuerdo de todos los directivos de por lo menos... los últimos cinco años.

—Sí, ya me acuerdo, perdona, pero es que estaba absorbo leyendo la prensa —mentí.

—Ya te he visto. Ahora yo trabajo allí —dijo señalando las páginas color salmón.

¿Allí? ¿Dónde? —¡leches con la gente que da las cosas por supuestas y encima lee el periódico de su compañero de viaje! ¡Coño, que encima es gratis! —pensé—, porque Iberia, por regalar, imprime su propio diario, *El Universal*.

—Sí, hombre. Trabajo en Curar S.A. —contestó—. Ahora soy el director financiero (lo decía en mayúsculas llenándose la boca) de Curar S.A. Y sé que también trabajas para nosotros —añadió, para finalizar con un «tío, te vas a hacer de oro».

Otro más. ¿Y por qué me tengo que hacer de oro? Tengo una agencia de detectives que codirijo con mi familia y otros directivos, más de cuarenta empleados, tres sucursales y una familia a la que no veo. De oro... Vivo bien y ya está. Ni Lola, la fundadora, se ha hecho rica.

En España se calcula que el gasto en detectives privados es de 60 millones de euros, cuando en países con una cultura de investigación preventiva las cifras ascienden a casi el doble. Si Estados Unidos no hubiese investigado de forma previa a la invasión de Iraq dónde estaba la red financiera de Sadam Hussein hoy no se sabría dónde estaba el dinero.

—No sé, no tengo ni idea si trabajamos para Curar S.A. —digo mintiendo nuevamente y obviando su comentario sobre mi riqueza.

—Sí, hombre. Si el otro día aprobé una factura tuya. Y *collons*, ¡qué factura!

(Y dale el tío éste con mi facturación, pienso.)

—¡Ah!, es posible —contesto.

—Venga, no te hagas el extrañado. Si la compra de Notefies la he llevado yo. Conozco al dueño desde hace años; pasaba una mala época con tensiones importantes

de tesorería y me planteó la compra. Y ya sabes, al jefe le interesó; necesitábamos un golpe de efecto para los accionistas, nos interesaban sus clientes y... ¡nos hemos revalorizado un 4%! Y los expertos creen que ha sido simplemente por la compra —dice, casi dejando los ojos en blanco de emoción, creyéndose el artífice principal del hecho empresarial del año.

(¿Pero éste no se ha enterado de que ya no hay compra?, me pregunto).

—Claro. Hasta que entraste tú en acción —prosigue el financiero captador de malos negocios—, porque no creas que no he visto tu informe.

—¿Ah, sí? Perdona, pero es que no creo que deba hablar de las investigaciones de la empresa salvo que las conozcas de primera mano y no por mí, claro —le digo, cada vez más harto de mi suerte con los compañeros de avión. Por lo menos éste no me coge de la mano con un gin tonic en la otra creyendo que el avión se va a estrellar, pienso al recordar un viaje de regreso a Barcelona hace unos meses, en el que me tocó en el asiento de al lado un periodista del corazón borracho y con un mal viaje (él y el avión)

—Lo sé, lo sé —afirma con cara de suficiencia y una sonrisa de «yo lo sé todo en mi corporación». Y eso es uno de tus grandes avales —continúa, pretendiendo darme una lección sobre mi empresa—. Todo el mundo comenta que eres capaz de mantener tu secreto profesional, incluso en el Tribunal Supremo —indica esperando una respuesta que, por supuesto, nunca llega.

«Todo el mundo comenta...», gran frase la de este pobre hombre. Me recuerda cuando en el colegio «todo el mundo tenía algo» y claro, yo también, lo quería. El clásico sonso-

nete de los niños: «Papá cómprame esto o lo otro... es que en mi clase todo el mundo lo tiene».

Mi hermano ya se había bajado de los árboles y ya no pegaba a quien no le hacía caso, salvo a mí claro. Ahora soy yo el que asusto, con mi mirada... es curiosa la vida. Pero él era más listo. En mi infancia yo era el que pedía a mis padres. El que siempre, con el cuento de «papá es que todo el mundo en mi clase tiene...» pedía una cosa u otra. Mi hermano, sin embargo, se quedaba en la retaguardia. Él no se desgastaba. Sabía que si me lo compraban a mí, al final él también lo tendría. Claro, pero sin desgaste sindical. Al final todos esos niños se convierten, junto a «todos mis amigos», «todos los de la Universidad» o «todos los del mundo», en el verdadero *networking* (bueno... esta palabra sí que es buena, en realidad no es sino el «boca a oreja» castizo o las referencias empresariales) con el que contamos en la agencia.

Cuando mi compañero de avión dice «todo el mundo», en realidad, se refiere a su grupo que, por supuesto, no es el mío.